

Adonis: An Allegory

Adonis, una alegoría

Aleister Crowley

ABADÍA ARGENTUM

Adonis

Una alegoría

Por Aleister Crowley

Personajes de la alegoría

EL REY DE BABILONIA, tributario del Rey de Grecia
HERMES, un griego
LA DAMA PSYCHE
EL CONDE ADONIS, conocido al principio como el Señor Esarhaddon
LA DAMA ASTARTE
Los guerreros del Rey de Babilonia
HANUMAN, criado de Hermes
CHARIS, ELPIS, PISTIS, doncellas de Psyche
Tres ancianas
Doncellas y esclavos de Astarte

Acto I

Escena I

Los jardines colgantes de Babilonia. A la derecha, la Casa de la Dama Astarte; a la izquierda, un portón; al centro, un amplio prado enriquecido con flores agrupadas y esculturas. El sol está por ponerse. En un diván, bajo la muralla de la ciudad, se reclina el Señor Esarhaddon, abanicado por dos esclavos, un muchacho negro y una muchacha cabila de tez clara, vestidos de amarillo y azul; las ropas del muchacho están cubiertas por un velo de plata, las de la muchacha por un velo de oro. Le cantan suavemente:

EL MUCHACHO.
Todo de venas carmesíes va el caudal del Tigris;
el sol ha manchado de sangre su boca.

LA MUCHACHA.
Naranja y verde barren sus estandartes.

EL MUCHACHO.
Sus favoritos lamentan.

LA MUCHACHA.
Sus doncellas lloran.

EL MUCHACHO.
¡Pero tú, Señor, tú! Se acerca la hora
en que de la proa del lujo
descenderá la muerte de los corazones de todos los hombres,

aquella cuyo aliento vivo es como dardos de daga,
un torno de víbora, una presa de áspid,
un basilisco entre labio y labio,
aquella cuyos ojos negros son soles que derraman
letanías de amor de hora en hora,
cuyos miembros son guadañas como los de la Muerte, cuyo
cuerpo se retuerce, flor de loto
mecida por el viento del amor, un crimen
pecado con demasiada dulzura, la reina del tiempo,
la dama del cielo, ante quien las estrellas,
de siete en siete, desde sus barrotes
se inclinan y adoran: ¡ella misma,
que te ha dado todo su dulce ser a ti,
la Dama Astarte!

LA MUCHACHA.
¡Paz, oh paz! Cisne, ella navega por éxtasis
de aire y mármol y flores; se mece
como la luna llena a través de la bruma de medianoche
de gasa; su cuerpo es como una paloma
y una serpiente, y vida, y muerte, ¡y amor!

EL MUCHACHO.
Como el crepúsculo así es ella,
a medias vista, a medias sutilmente percibida,
etérea y corporalmente.
¡El alma encarnada, el cuerpo trascendido!

LA MUCHACHA.
¡Doliente, doliente apasionadamente,
insufrible, absolutamente espléndida!

EL MUCHACHO.
¡Sus labios hacen palidecer al sol poniente!

LA MUCHACHA.
¡Su cuerpo ennegrece a Babilonia!

EL MUCHACHO.
¡Sus ojos vuelven gris la tiniebla de medianoche!

LA MUCHACHA.
¡Sus pechos hacen medianoche del día!

EL MUCHACHO.
¡En torno de ella, suave y sutil, nada
el almizcle y la locura de sus miembros!

LA MUCHACHA.
Su boca es mágica como la luna.

EL MUCHACHO.
¡Su aliento es dicha!

LA MUCHACHA.
¡Sus pasos son desmayos!

[Entra ASTARTE con sus doncellas.

EL MUCHACHO.
¡Fuera, fuera!

LA MUCHACHA.
De común acuerdo del corazón,
dejemos a su dama con nuestro señor.

[Salen.

EL MUCHACHO.
¡Que olvide nuestro servicio prestado
de hojas de palma agitadas, que nunca cansa,
en su encantada Babilonia
de deseos infinitos!

[ASTARTE se arrodilla al pie del diván y, tomando en sus manos los pies de Esarhaddon, los cubre de besos.

ASTARTE.
¡No, no despiertes nunca! salvo para tomar mi cuello
y quebrarme a besos; ¡no duermas nunca,
salvo para soñar nuevos dolores imposibles
para la vigilia! ¡Muchachas!, con más destreza que el sueño,
despertadlo con perfume hasta que sonría, con caricias
más suaves que los rayos de luna hasta que se vuelva y suspire,
con cinco lentas gotas de vino entre sus labios
hasta que su corazón se alce, con jóvenes trinos de canto
hasta que sus párpados se abran, y la primera
y más hermosa de vosotras lo salude como una flor,
para que, despierto, se aparte de vosotras
y se vuelva a mí, que soy todas estas en una.

PRIMERA DONCELLA.
¡He aquí la riqueza
de todo el ámbar y el almizcle,
secretada a hurtadillas
en las cúpulas del anochecer!

SEGUNDA DONCELLA.
He aquí la caricia

de una mejilla: que despierte
los primeros lazos de la dicha,
¡no hacia mí, sino hacia ella!

TERCERA DONCELLA.
¡He aquí la quintaesencia
del sueño y el deleite,
que evoca la presencia
del sabor ante la vista!

CUARTA DONCELLA.
Escucha el trino
y la onda y el rodar
de una melodía que pueda estremecerte
a través del sentido hasta el alma.

QUINTA DONCELLA.
¡Mira a la más hermosa,
la doncella sin amo!
Antes de que descubras tus ojos,
titilo, me desvanezco.

TODAS.
¡Despierta! Como su guirnalda lanzada al aire
cuando la ninfa encuentra a Apolo, nuestra frente queda desnuda;
nos dividimos, nos dispersamos, nos desdibujamos, nos separamos,
¡pues nosotras somos solo ahora, y nuestra dama para siempre!

[Salen.

ESARHADDON.
¡Soñé contigo! ¡Sueños más allá de forma y nombre!
Era una cadena de edades, y un destello
de relámpago (lo que tú quieras), puesto que... ¡Oh! No veo
nada, no siento nada, y no soy nada: ceniza
del universo quemado de parte a parte.

ASTARTE.
¡Y yo la llama!

ESARHADDON.
Enroscándose y rugiendo por un eón sin edad,
envolviendo el mundo, desdeñando el empíreo,
ahogando con oscura inminencia despótica
toda vida y luz, aniquilando el sentido,
he estado sellado y silencioso en el útero
de la nada, para estallar, audaz flor de niño,
en el éter superior de tus ojos.
¡Oh! una grave mirada enciende el Paraíso,
un destello me pone en el trono de lo alto,
¡mi orbe el mundo!

ASTARTE.
No, no te muevas aún. Que el amor
respire como el céfiro sobre el abismo inmóvil,
suspire al despertar de su sueño rosado;
que se apaguen las estrellas, y todo el oriente se vuelva gris
y tierno, antes de que la primera rosa tenue del día
lo encienda. ¡Un momento! ¡Un momento! Hay barras carmesíes
bastantes para borrar la más noble de las estrellas,
e inclinarse en adoración antes de que el borde

salte como la lanza de Dios para advertir de Él al mundo.
¡Despacio!

ESARHADDON.
¡Pero bésame!

ASTARTE.
¡Con una pestaña primero!

ESARHADDON.
¡Tesoro y tortura!

ASTARTE.
La sed que atormenta
hace más deliciosa la bebida. El cielo valdría
poco sin el purgatorio, ¡la tierra!

ESARHADDON.
Tú haces de la tierra un cielo.

ASTARTE.
¡Y del cielo un infierno! Elegirte
es interpretar la desdicha como "perderte".

ESARHADDON.
¡Sí! ¡Que la muerte lo acabe todo, si ha de acabar tu beso!

ASTARTE.
¡Y que la muerte lo sea todo, si confirma la dicha de la vida!

ESARHADDON.
¡Y que la muerte venga pronto, si la muerte colma el afán de la vida!

ASTARTE.
¡Y si derrama la vendimia de la vida, que la muerte no venga nunca!

ESARHADDON.
El sol se pone. ¡Báñame en la lluvia de oro!

ASTARTE.
Estas perlas que la adornaban, centelleantes, frías como estrellas,
caen, y cae mi cabello, enrosca una aureola,
¡así como tu amor envuelve mi alma!

ESARHADDON.
Estoy cegado; estoy magullado; estoy picado. Cada hebra
sisea.

ASTARTE.
¡Hay allí vida para mil muertos!

ESARHADDON.
¡Y muerte allí para un millón!

ASTARTE.
Así es.
Vida, muerte, vida nueva, una tela hilada suave y lenta
por el amor, la araña, en estos palacios
que se aferra.

ESARHADDON.
¡Aférrate!

ASTARTE.
Agudos goces
se mezclan con los innumerables murmullos,

y todos los besos se afilan en aguijones.
¡No! ¿Se aferrará mi boca? ¡Cuidado! Una vez ansiosa,
¿cómo dejará jamás tu boca otra vez?

ESARHADDON.
¿Por qué habría de dejarla?

ASTARTE.
¿No es aún el sueño nuestro amo?

ESARHADDON.
¿Por qué hemos de pensar cuando la sabiduría querría olvidar?

ASTARTE.
No sea que a nuestra vez olvidemos colmar la hora.

ESARHADDON.
La abeja pensativa deja miel en la flor.

ASTARTE.
Ahora el borde del sol se ha hundido. Y así hundo yo
mi oro en el horizonte de tu labio.

ESARHADDON.
¡Ah!...

ASTARTE.
No hay licor, ninguno, dentro de la copa.

ESARHADDON.
No, no te retires; no, entonces, sino álzame.
Quisiera que también la copa estuviera fundida; apuraría
su agonía fulminante.

ASTARTE.
En vano.

ESARHADDON.
¿En vano?
No, ¡que el bebedor y la bebida en uno
ardan al fin, y quemen hasta el suelo Babilonia!

ASTARTE.
Todo menos el jardín, y nuestro lecho, y... ¡mira!,
la falsa luna llena que viene a rivalizar conmigo.

ESARHADDON.
Viene a alumbrar nuestro amor.

[Un repique de campanas afuera.

ASTARTE.
Me arreglaré el cabello.
El banquete aguarda. Muchachas, seguidme.

[Salen, dejando a ESARHADDON.

ESARHADDON.
¡Qué hermosa
y plena avanza, la barca boyante sobre
las curvas doradas del Tigris! Ella es el cisne
que atrajo a los dioses a mirar, el cervatillo que llamó
su pasión a sus claros de esmeralda,
la doncella que enloqueció a Mitra, el rápido temblor
de cañas que sacó a Oannes del río...
Se ha ido. El jardín es un desierto.
¡Oh, el banquete de la leona,

los vinos ricos y asombrosos, las carnes que encienden,
la música y las bailarinas! Ígneos tronos
del imperio de los arcángeles, ¡que vuestras alas
se encabriten por el empíreo! Señores y Reyes
de los Dioses, descended y servidnos, mientras desdeñamos
y pisoteamos la vida, llenamos la urna de sardónice de la muerte
con amores inmortales... ¿cómo soportaré
la paciencia de este momento? ¡Ah, ella viene, de seguro!
Su pie revolotea sobre el mármol... ¡Ábrete, portón!

[Se abre el portón, no de la casa sino del jardín. Aparece la Dama Psyche. Viste de púrpura oscura, como de luto, y su cabello está ceñido con una cinta de ciprés y [ilegible en la fuente]. La acompañan tres doncellas y tres ancianas.

¿Qué huésped tedioso llega?

PSYCHE.
¡Blanca hora del destino!
¡Lo he encontrado!

ESARHADDON.
¿Quién es esta?... Hermosa dama, perdón.
¿Buscáis a la señora del jardín?

PSYCHE.
Creí haber hallado al señor que busco.
Vuestro perdón, señor. Estos ojos están cansados y débiles
por las lágrimas y mi búsqueda vana.

ESARHADDON.
¿A quién buscáis, pues?

PSYCHE.
A mi esposo, mi único milagro entre los hombres,
el Conde Adonis.

[ESARHADDON se tambalea y cae sobre el diván.

PSYCHE.
¿Sabéis de él?

ESARHADDON.
No.
No sé decir qué me golpeó así.
Nunca oí ese nombre.

PSYCHE.
En verdad, vuestros ojos
se parecen a los suyos más que libélulas desposadas.
Vuestras cejas son las suyas, vuestra boca es la suya,
¡y sin embargo todo está torcido!

ESARHADDON.
¡Puede que lo esté!

PSYCHE.
Oh, perdón. La mía no es más que la mirada de una muchacha loca.
Adonis es la herencia de esta alma;
todo lo demás es locura.

ESARHADDON.
¡Loco! ¡Loco! ¡Loco! ¡Loco! ¡Loco!
¿Por qué decís esto? ¿Quién sois? ¿Triste? ¿Alegre?
¡Malo! ¡Malo! ¡Malo! ¡Hablad, hablad! ¿Cumbre yerma del

misterio?
¿Mejilla débil de la modestia?

PSYCHE.
¡Oh, perdonadme!
No quise conmoveros así.

ESARHADDON.
Me agito
con demasiada facilidad. ¡Usasteis una palabra vergonzosa!

PSYCHE.
Aceptad mi pesar. Estoy completamente sola
en esta negra noche. Mi corazón es piedra,
mis miembros plomo, mis ojos malditos,
mi garganta un infierno de sed...
Mi esposo; lo suponen muerto...
Me hicieron vestir este luto. Si pudiera yo
en mi corazón dar crédito a la mitad de lo que dijeron,
no estas ropas fúnebres me envolverían,
sino los blancos sudarios de un cadáver, y en lo alto
de una pira de sándalo y ébano
desafiaría a través de la llama la injusta profundidad.
Pero solo estas de toda mi casa vinieron,
en fe y esperanza y amor, tan lejos del hogar,
y estas otras tres se me unieron (¿por qué?, ¿quién sabe?).
Pero tú, señor, en cuyo rostro se muestra su semejanza
a la primera mirada (pues ahora, a fe mía, se ha ido),
¿has vivido siempre aquí, en Babilonia?

ESARHADDON.
Ahora debo reír: ¡perdonadme en vuestro pesar!
Mi vida no es ayer ni mañana:
vivo; no sé más.

PSYCHE.
¿Cómo así?

ESARHADDON.
Temo
que solo sé esto, que soy un extraño aquí.
Me llaman el Señor Esarhaddon, nombre
prestado o adivinado, ¡no sé decirlo! Vine
de donde no sé; alguna dolencia
destruyó mi memoria.

PSYCHE.
¡Oh, si fuerais él!
Pero veo que no lo sois.
¿No tenéis prendas de la vida olvidada?

ESARHADDON.
No, llegué desnudo a Babilonia;
vivo la luz de las estrellas y duermo durante el sol.
Soy feliz en el amor, soy rico, como y bebo,
junto bienes, río, nunca pienso.
¡Conocedme como el príncipe del placer perfecto!

PSYCHE.
Y sin embargo,
¿no hay algo que quisierais olvidar?

¿Algún temor que os hiela? Mientras me habláis
veo que miráis hacia atrás con temor.

ESARHADDON *(con un temor furtivo que llega al horror).*
¿Veis la Sombra?

PSYCHE.
No: delgadas sombras se estiran
desde aquella luna, y cortejan al mundo, y graban
con sus fantásticos grotescos melancólicos
la tierra: el destino del hombre en arabescos.

ESARHADDON.
¡Estáis ciega! ¡Estáis loca! ¡Mirad dónde está!
Es el Rey de Babilonia,
con dagas humeantes en las manos,
y sangre negra rezuma, rezuma, palpita y gotea
de sus ojos y su nariz hasta sus labios,
que él sorbe, rechinando los colmillos. Sobre
su cabeza hay una corona de calaveras, y monos maúllan
y farfullan y hacen muecas en torno de él. ¡Skew! ¡Spew!
¡Ugh! ¡Hu! ¡Mow! ¡Mow! ¡Mow!, hacen: ¿no los oís?
¿Qué? ¿Tenéis valor para acercaros a ellos?

PSYCHE.
No hay nada allí.

ESARHADDON.
¡Oh, pero tiene la cabeza
de un jabalí, el negro jabalí Noche! ¡Muertos, muertos, muertos,
los ojos de muchachas que una vez fueron hermosas
cuelgan en torno de su cuello! ¡Whack! ¡Crack!, golpea una

calavera
por tambor... ¡Smack! ¡Flack! ¡Thwack! Atrás, no atacaré.
¡Cuac! ¡Cuac! hay patos y demonios sobre su espalda.
Mantenedlo lejos. ¿Queréis un hombre, decís?
Pues bien, ahí tenéis un rey para vos hoy.
¡Id, besadlo! ¡Babead sobre él! Sus costillas
deberían de ser fáciles de cosquillear. ¡Wah! ¡Wah! ¡Wah! ella se resiste.
¡Ugh! ahí se acercó demasiado. Morderé el polvo;
lameré el limo de Babilonia. Gran lujuria,
gran dios, gran demonio, ¡gra-gra-gra-gra! ¡Perdóname!
¡Toma a esta moza, aunque fuera el vientre que me parió!
¡Mirad! ¿No os lo dije? Él es el Rey, el Rey,
el Rey de los Terrores. ¡Miradme arrastrándome!
¡Yah! ¡Ha!

PSYCHE.
No hay nada allí. ¿Sois un hombre
para enloquecer por nada?

ESARHADDON.
¡Interdicto inmitigable!
Inmitigable, lastimoso, profundo:
ban, can, fan, ran, y pan está bajo tierra,
round, bound, sound... ¡Oh, tened piedad!... ¿Quién eres
cuya llegada así me quita el ánimo? No hasta ahora
vi, ni sentí, ni oí al Rey
farfullar tan cerca; hay sangre negra sobre todo.
¡Bu! ¡Ceño! ¡Largo! ¡Fuera! ¡Desvanécete! ¡Vuela! ¡Vete!
¡Fuera! ¡Largo! ¡Fuera! ¡Largo! Yo soy el Rey de Babilonia.

¡Oh no! Tu perdón. ¡Perdóname! No es más que un desliz
de la lengua. ¡Ahora flip! ¡rip! ¡ramera obscena, salta!

[La amenaza. Ella se [ilegible en la fuente], pero se mantiene firme.

Desnudar, sí, te desnudaré, te arrancaré la carne
a tiras con mis labios, roeré tus huesos como un perro.
¡Fuera, cerda! ¡Fuera, zorra! ¡Ramera! ¡Pozo de inmundicia!
¡Mayales para trillar
tu cuerpo! ¡Mazas para machacarte la cara! ¡Cuchillos
para cortarte las nueve vidas de gata!

ASTARTE *(entrando apresuradamente).*
¿Qué es esto? ¿Quién sois? ¿Qué derecho tenéis a venir
y hacer este estrago en el hogar?
¿No veis qué ruina causa vuestra tempestad?
¡Idos! Tengo un vuelo ardiente de serpientes
para azotaros de aquí.

PSYCHE.
Puede que el derecho sea mío.
Puede que vos no seáis nada a mis ojos,
puede que yo haya hallado al fin a mi señor;
y vos… ¿su concubina? Puede que expulsada.

ASTARTE.
Esto es lo seguro: que yo te echo. ¡Esclavos!
¡Aquí vuestros látigos!, que están más negros por la sangre
de cosas como esta que vuestras pieles por los besos
del frenesí de vuestro sol.

[Los esclavos [ilegible en la fuente].

PSYCHE.
¡Mujer vana!
Ahora lo reconozco, perdido, naufragado, loco, pero mío, pero mío,
indisolublemente unido a mí por dote, mi esposo,
¡el Conde Adonis!

ESARHADDON.
¡Ah!

[Cae desvanecido en los brazos de ASTARTE.

ASTARTE.
¡Eh! ¡Guardadnos ahora
y azotad a esta cosa fuera del jardín!

[Los esclavos forman en fila [ilegible en la fuente] PSYCHE y las demás.

PSYCHE.
¡Adonis!

ESARHADDON.
¡Ah! Astarte, anda algún hechizo suelto.

ASTARTE.
El hechizo está roto, querido señor mío. Hay un muro
de ébano y acero en torno de nosotros.

ESARHADDON.
¿Qué es entonces lo que siento
cuando suena ese nombre?

ASTARTE.
Una jugarreta de la mente.
Las cosas rotas y dejadas atrás
guardan raíces para atormentarnos cuando menos las esperamos.
Los sabios (y tú eres sabio) no dejan que nada los afecte.
¡Vamos al festín!

ESARHADDON.
¡Ah no! Todavía tiemblo,
a pesar de mi razón y a pesar de mi voluntad.
Déjame yacer contigo aquí un rato, y soñar
sobre tus ojos bajo la luna,
cuyo rayo oblicuo
ilumina tu rostro, que envía su desmayo
de languidez y hambre a través
del espacio infinito que separa a dos
mientras no puedan elevarse
a la unidad del amor.
Por mucho que se traben manos y pies,
solo un momento pueden encontrarse:
cuando, en la única punzada que corre pareja
con la muerte y el nacimiento, la real fiesta,
el amante y el amado adoran
la cosa que es, cuando ellos no son.

ASTARTE.
¡No más!
Hunde tu rostro entre estas colinas que amenazan
el cielo, sus lanzas rosadas (los dioses que se inquietan)

tocando tus oídos, y con mi cabello te ocultaré;
y estas mis doncellas estarán junto a ti,
y mezclarán su ruiseñor con el león
de la guardia que hace coro y choca el hierro,
mientras, como un río lame sus orillas,
las puntas de mis dedos acarician tus costados.

(Coro.)

HOMBRES.
Bajo el sol no hay nadie, no hay nadie
que haya oído una palabra como la que nuestro señor ha comenzado.

MUJERES.
Bajo la luna una melodía así, una melodía así,
como la que su pensamiento ha captado a medias en este cielo de junio.

HOMBRES.
¡Nunca tuvo la noche una luz así, un rito así!

MUJERES.
¡Nunca tuvo el día un rayo así, un dominio así!

HOMBRES.
¡Nunca tuvo el hombre, desde que comenzó el plan de la tierra,
una dicha así, un beso así, una mujer como esta!

MUJERES.
¡Nunca tuvo doncella, desde que Dios mandó ataviar
las enramadas de la tierra con sus flores, un hombre así para sus poderes!

HOMBRES.
¡Mezclad en la medida
uva negra y cereza blanca!
Una pasión, un placer,
un tormento, un tesoro,
¡vosotras a estar tristes y nosotros a estar alegres!

MUJERES.
Nosotras seremos solemnes
y graves y seductoras;
vosotros sed la columna
erguida, perdurable.
Nosotras seamos la hiedra y la vid
para entrelazarnos:
¡mi boca en tu boca, y tu boca en la mía!

HOMBRES.
¡Bruñid nuestras hojas
con vuestros velos,
alegres doncellas!

MUJERES.
¡Cortad sus cuerdas
con las escamas
de vuestras espadas!

HOMBRES.
Como un torbellino que lame una hoja,
llevemos
a vosotras, gavilla dorada
a la deriva en el aire.

MUJERES.
Como una mariposa se cierne y revolotea,
deslicémonos
para confundir vuestro juicio
hechizado por una novia.

HOMBRES.
¡Ahora, como las estrellas
rodean a la luna,
dispongamos nuestras filas
a compás y en tono!

MUJERES.
Llevando a nuestra dama y señor
al festín,
antes de que la noche ande suelta,
¡la negra rosa del oriente!

HOMBRES Y MUJERES.
¡Levantaos! ¡levantaos! el festín está servido,
el vino está escanciado; los cantores aguardan
ansiosos de atraer y arrullar; los bailarines pisan
impacientes por invocar a los señores del Destino.
¡Levantaos, levantaos! el festín demorado demora
los raptos radiantes que han de coronar sus caminos.

ASTARTE.
Ven ahora. ¡Ah! ¿todavía te dura la palidez?
El vino redimirá las rosas. ¡Tensa las cuerdas
de tu corazón flojo! ¿Todavía tiemblas? ¡Apóyate en mí!
Este hombro podría sostener la eternidad.

[Salen hacia el festín.

Escena II

La sala del palacio de Astarte. Sus columnas son de ónice, alabastro, pórfido y malaquita, y el piso de mosaico. En el sitial alto está ASTARTE; a su derecha HERMES, un médico griego. Es un anciano menudo, de ojos centelleantes y con todas las señales de agilidad y vigor. Viste a la manera de un babilonio [ilegible en la fuente].

HERMES.
Y ahora, pasados los corteses preliminares,
¡decidme, querida dama, cuál es el pequeño problema!

ASTARTE.
Fue muy repentino.

HERMES.
Bien; no es probable que dure.
¡Estalla: tal dolencia es una burbuja frágil!
¿Cómo está el pulso? ¡Permitidme!

ASTARTE.
No es para mí
vuestra ciencia. Mi esposo ha perdido la memoria.

HERMES.
¿Pero se acuerda de vos?

ASTARTE.
¡Oh, del todo, por supuesto!

HERMES.
¡Dejadlo en paz! ¡No azotéis al caballo bien dispuesto!
Si yo lo curara con mis hechizos mágicos,
¡lo más probable es que se acordara de alguna otra!

ASTARTE.
Ah, pero... hace un mes... vino una mujer...

HERMES.
Frío, tibio, caliente... ¡ahora nos acercamos a la dama!

ASTARTE.
Y lo que ella dijo o hizo, ¿quién lo sabe?

HERMES.
¡Estos hombres!

ASTARTE.
¡Sí! ¡Pero él no ha vuelto a ser el mismo desde entonces!
Me he tomado un trabajo infinito para no inquietarlo,
he hecho todo lo que pude para agradarle y mimarlo,
¡y ahora esta miserable mujer lo ha trastornado!

HERMES.
¿Se afligió mucho en aquel momento?

ASTARTE.
¿Afligirse?
¡Loco como un elefante en primavera!

HERMES.
Lo adiviné.
¿Creéis que se encaprichó con la muchacha?

ASTARTE.
Pues, francamente, no. Mi mente es un torbellino
de preocupación. Es una criatura endeble, harapos
de sentimiento, y lágrimas, y sentencias gastadas
de sabiduría.

HERMES.
Sí, no tenéis mucho que temer
mientras aparezcáis como... lo que sí aparecéis.

ASTARTE.
Pues bien, allí estaban, llorando como cerdos degollados,
ella y sus doncellas. Parece que ha perdido a su hombre,
no puede conseguir otro, quería reclamar el mío.
Le puse un tapón al lindo plan.
Pero desde entonces... bueno, no sé decir qué anda mal,
pero algo anda mal.

HERMES.
Sí; sí. ¿Y hace mucho?

ASTARTE.
Cerca de un mes.

HERMES.
¿Qué remedios habéis probado?

ASTARTE.
Las cosas de siempre: víboras jóvenes desolladas y secas
y picadas con hojas de rosa; pezuña de vaca guisada en estiércol,
una píldora cuatro veces al día, sobre la lengua;
sesos de alondra en orina después de cada comida,
con solo un toque de sal y cáscara de naranja.

HERMES.
¿Y sin embargo no está mejor?

ASTARTE.
Ni un ápice.
Oh, sí, aunque, ahora que lo pienso,
caracoles machacados y tomados después de la comida
sí parecieron hacerle algún bien pasajero.
Por supuesto, lo mantuvimos a doble dieta.

HERMES.
¿Habéis probado un cambio de aires, y descanso, y quietud?

ASTARTE.
No; ¡qué idea tan extraña!

HERMES.
Tan extraña como nueva.
¡Y sin embargo parece haber algo de cierto en ella también!
Con todo, aquí el silencio vale siete discursos:
podrían estrangularme mis hermanos sanguijuelas.
Ahora bien, ¿estáis segura de que queréis que se cure?

ASTARTE.
Pues sí,
¿para qué os iba a llamar?

HERMES.
Pero aun así
podría ser incómodo que él recordara más.

ASTARTE.
Simplemente lo quiero como era antes.

HERMES.
¿Y si resultara, como sospecho,
que era el esposo de esa mujer?

ASTARTE.
Entonces elegid
un... ya sabéis... algo apropiado para ponerla
donde no me moleste, ni quiera un pretendiente.

HERMES.
Os entiendo; pero soy viejo; vuestra belleza
podría no lograr que descuidara mi deber.

ASTARTE.
Correré el riesgo.

HERMES.
Entonces dejadme ver a la víctima;
si está atado, lo aflojaremos; si está suelto, lo constreñiremos.
Ahí, señora, en una frase de corazón a corazón,
¡yace todo el misterio del arte de curar!
¿Dónde está el pasivo?

ASTARTE.
¡Chist! en Babilonia
decimos "el paciente".

HERMES.
¿Ah, sí?

ASTARTE.
Muchas veces es lo mismo.
¡Pues el babilonio es una lengua tan pintoresca

que uno a menudo acierta de más por equivocarse!
Lo llamaré del jardín.

[Sale.

HERMES *(solo).*
¿Hay necesidad
de ver al hombre? Simplemente está desganado.
Un niño vería el modo de dejarlo robusto:
más ejercicio, menos comida, ¡y menos Astarte!

[Entra ESARHADDON.

Saludo a vuestra señoría.

ESARHADDON.
¡Salud, señor!

HERMES.
¿Y así que
no estamos tan sanos como hace un mes?
¿El pulso? ¡Permitidme! ¡Ah! ¡Vaya! ¡Vaya! No está mal.
¿La lengua? ¡Gracias! Decidme, por favor, qué comisteis
en la cena.

ESARHADDON.
Nada: prácticamente nada.
Parezco mirar la comida con total repugnancia.

HERMES.
Así es; pero os las arreglasteis para picotear un poco.

ESARHADDON.
Solo una docena de codornices al asador,

un poco de esturión cocido con ostras, vino,
hongos y cangrejos de río...

HERMES.
Eso no es cenar.

ESARHADDON.
Bueno, después jugueteé con un pastel de faisán,
en rodajas (ya sabéis cómo) con ananá.

HERMES.
¿Coméis deprisa?

ESARHADDON.
No, en absoluto. Bueno, luego un lechón
relleno de uva, aceituna, pepino, durazno, higo
y limón. Luego me entretuve con un curry...

HERMES.
¿Estáis seguro de que no lo comisteis apurado?

ESARHADDON.
Bien seguro. El curry era la sencillez
misma: langostinos al natural. Luego hubo... ¡veamos!,
un plato de fruta, luego un cabrito asado entero,
algo de venado frito con hígado de ganso, un rollo
de ternera muy tierna, especiada y bien cocida,
preparada con miel, aceite de oliva y harina,
algunos dulces, pero solo tres o cuatro, y esos
apenas los toqué.

HERMES.
¿Pero por qué no?

ESARHADDON.
Supongo
que no tenía hambre.

HERMES.
Diagnóstico acertado:
¡un simple caso de pérdida del apetito!
Seguramente os tentaron con alguna otra cosa.

ESARHADDON.
Unas pocas langostas vivas asadas en su caparazón.
Comí dos solamente.

HERMES.
Eso explica la lengua.
¡Ahora dejadme auscultar! Sano de corazón y pulmón.
(¡Y así lo creo!) Fue un sabio el que cantó:
"Aquellos a quienes los Dioses aman, aman las langostas; mueren jóvenes."
Y un sabio aún mayor dijo sublimemente:
"¡No mires a la langosta cuando rojea!"

ESARHADDON.
Un bardo babilonio ha dicho lo mismo
del vino.

HERMES.
Ah, ¿vino ahora? ¡Confesadlo! ¡Morid con valor!

ESARHADDON.
Por la aleta y la cola del gran Oannes, yo
soy el mismísimo modelo de la sobriedad.

HERMES.
¿Qué bebisteis en la cena?

ESARHADDON.
Apenas una gota
en ningún momento: cuatro jarras, ahí me detengo.
Con solo un frasco de vino de cebada para rematar.

HERMES.
Justo como conviene a un noble sensato
cuya moderación peca hacia la abstinencia.

ESARHADDON.
¡Abstinencia! ¡Esa es la palabra que no me venía!
Soy un abstemio. Todo lo que bebo
está consagrado por un melancólico
sacerdote.

HERMES.
¡Lo cual le impide ser alcohólico!

ESARHADDON.
Señor, parecéis entender mi caso
como nadie lo ha hecho. ¡Qué cara espantosa
tienen estos charlatanes que pululan por Babilonia! ¿Vuestros honorarios?
Aunque nadie puede pagar el servicio que me hacéis.

HERMES.
Un momento. ¿Qué hay de vuestra memoria?
Bueno, no importa, seguid solamente mi consejo;
volverá antes de que digáis "cuchillo" dos veces.
Primero, echad a vuestros esclavos, los bribones que roban y

holgazanean:
un esclavo es peor que dos amos hoy en día.
Luego, vivid de nada más que habas hervidas y mondongo,
con un melón una vez por semana, cuando estén maduros.
Luego, mandad a la Dama Astarte río arriba;
me parece que tiene algo de hígado.
Y debéis enseñar a vuestros músculos a endurecerse,
¡así que quedaos en casa y trabajad en el jardín!

ESARHADDON.
¡Maldito canalla insultante! ¡Charlatán!
¡Curandero! ¡Embaucador! ¡Bribón! ¡Brujo tramposo!
¡Pícaro que catas excrementos y husmeas letrinas!
¿Crees que porque tu farsa está de moda
puedes desafiarme?

HERMES.
Os diré solo una cosa.
Desobedecedme y... ¡problemas con el Rey!

ESARHADDON.
¡Rin-tin-tin! ¡Ping! ¡Spring!

HERMES.
Con eso se arruinó.
Se lo diré a Astarte, aunque no sirva de mucho.

[Sale.

No es más que otra de las pequeñas maldiciones de la vida:
¡las mejores mujeres son las peores enfermeras!

Escena III

El consultorio de Hermes. Tiene dos partes: la primera, llena de cocodrilos disecados, serpientes, astrolabios, esqueletos, lámparas de forma extraña, vastos rollos de papiros, vasos que contienen objetos tales como un feto, un niño momificado, una oveja de seis patas. Unas manos (evidentemente de criminales) han sido pintadas con fósforo y dan luz. Esculturas de toros alados y ladrillos inscritos con caracteres cuneiformes se alinean a lo largo de los muros. Un sillón de huesos de elefante cubierto con su piel contiene al doctor, que está vestido como antes con una larga túnica negra cubierta de caracteres misteriosos. En la cabeza lleva un alto gorro cónico de seda negra salpicado de estrellas de oro. En su mano derecha hay una vara de dientes humanos ensartados, en la izquierda un "libro" de hojas cuadradas de haba encuadernadas en plata. Al fondo de la habitación hay una cortina negra que vela por completo su segunda parte. Esta cortina está cubierta de caracteres cabalísticos y de imágenes aterradoras en blanco.

[Entra el criado de HERMES, un negro más feo que un mono. Es inmensamente largo y flaco; su cuerpo cuelga hacia adelante, de modo que sus brazos casi tocan el suelo. Viste un traje escarlata muy ceñido y lleva un solideo escarlata. Hace una profunda reverencia.

HERMES.
¡Habla, Hanuman!

HANUMAN.
Una dama.

[HERMES asiente gravemente. Sale HANUMAN.

HERMES.
¡Abaoth! ¡Abraxas! ¡Fur! ¡Fur! ¡Aeou! ¡Thoth!

[Entra la DAMA PSYCHE con una acompañante.

¡Ee! ¡Oo! ¡Uu! ¡Iao Sabaoth!
¡Perros del Infierno!
¡Murmurad el hechizo!
¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba!
¡Sorbed! ¡Sorbed! ¡Sorbed!
¡U! ¡Aoth! ¡Abaoth! ¡Abraoth! ¡Sabaoth!
Lívidos, reacios,
¡obedeced el juramento!
¡Ah!

[Cierra el libro de un golpe.

Habéis venido a mí porque os han contrariado
en el amor.

PSYCHE.
¡Muy cierto, señor!

HERMES.
¡Ah! ¡sois griega!

PSYCHE.
Como vos mismo, señor.

HERMES.
Entonces he perdido

mi trabajo. No necesito temer hablar.
Os tomé por una tonta. ¡Eh! ¡velo, divídete!

[HANUMAN aparece y pone la mano sobre un cordón.

Las cosas son mucho más agradables del otro lado.

[El doctor se quita la túnica y el gorro, su desgreñado pelo blanco y su larga barba en punta, y aparece como un joven vestido a la moda; al mismo tiempo la cortina, corrida hacia atrás, muestra una habitación amueblada con el lujo de un hombre de mundo. Un balcón bajo de mármol, al fondo, da vista a la ciudad y al Tigris, que serpentea lejos en la distancia, donde tenues montañas azules bordean el horizonte.

[El doctor conduce a su clienta a un diván, donde se sientan.

HERMES.
¡Trae el viejo vino de Quíos, Hanuman!

[El negro va a obedecer.

Esta broma
es el modo aceptado de asustar a la gente;
y si se asustan, pueden hallar confianza,
que es media cura. La mayoría de la gente no tiene sentido común.
Si tan solo sudaran, y se lavaran, comieran despacio,
bebieran menos, pensaran más, el médico se moriría de hambre o se iría;
¡pero prefieren el libertinaje, la enfermedad,
clísteres, drogas, filtros, inmundicia, y pagar honorarios!
¡Ahora, al grano!

PSYCHE.
¡Decidme cómo adivinasteis
que era mi corazón el que se hallaba afligido!

HERMES.
A una mujer siempre le canto esa misma canción;
en veinte años no me he equivocado ni una vez.
Viéndome así maravillosamente sabio,
la veneración sigue a la sorpresa:
¡a veces hacen lo que les aconsejo!

PSYCHE.
Ya veo. Tenéis verdadero conocimiento.

HERMES.
¡Que no se aprende en la escuela!

PSYCHE.
Bien; sois el hombre que necesito. Vengo de Grecia,
donde los Dioses viven y nos aman, afligida
por mi esposo perdido. Lo he hallado aquí,
pero con la memoria perdida, la mente trastornada,
viviendo en el lujo con una cortesana
(eso podría perdonárselo si me reconociera),
lleno de un temor ciego e irracional de lo que...
¿quién sabe? ¡Lo persigue un rey espectral!

HERMES.
Los médicos deben saberlo todo:
media noche queman la vela del saber,
medio día lo dedican al chisme.
He aquí lo malo del asunto:

¡que aprendo más de lo segundo!
Ayer hice una visita
a la hermosa... ¿Astarte, se llama?
Vi la cocina y el retrete,
deduje la dieta por el depósito,
vi dónde el gusano de seda se unió al cisne
para hacer un lecho donde dormir,
vi la turba de bribones serviles
que han hecho esclavos a sus amos,
vi a Astarte, diagnostiqué
¡qué le había hecho ver un fantasma!

PSYCHE.
¿Podéis curarlo?

HERMES.
En mi prisa
(y una inquietud no poco natural
ante el nombre del curry de langosta)
olvidé hasta tal punto mi deber
que le mencioné a la belleza
lo que... ¡bueno! he aquí lo largo y lo corto:
exactamente lo que yo pensaba de ello.
¡Tempestades, por la aleta de Oannes!

PSYCHE.
¿Le pesó haberos llamado?

HERMES.
¡Tanto, que tuve la duda
de si no me retaría a duelo!

PSYCHE.
¿Entonces no escuchará vuestro consejo?

HERMES.
No; le mandé vivir de hierba cana;
pero la pequeña fricción social
interfirió con la receta.

PSYCHE.
¿No hay esperanza, entonces?

HERMES.
¡Prestad oído!
¡Podemos gobernarlo por su miedo!
De algún modo podemos aún lograr
que vea al Rey, ¡y viva!
¿Tenéis influencia?

PSYCHE.
¿En la Corte?
De sobra: en último recurso,
¡cartas de su soberano!

HERMES.
¿Estáis, pues, muy en su favor?

PSYCHE.
Sí, eso no necesita jurarse;
¡soy su propia hija de nacimiento!

HERMES.
¿En tu sangre la chispa divina
del Olimpo?

PSYCHE.
¡Aun en la mía!

HERMES.
¡Escucha, pues! En la Hora de los Temores,
cuando el señorial León alza
en medio del cielo su mole de ruina,
violentamente vívido, sacude su melena
majestuoso, y la Serpiente y el Toro
alumbran el horizonte, y el pleno
fuego de la luna corona el cielo, y desdeña
las estrellas, mientras Marte arde rojizo,
y Venus resplandece, y Júpiter
se encabrita por el cielo a horcajadas sobre ella,
entonces, sin escolta, que el Rey
oprima el pequeño resorte secreto
que guarda el jardín, y al entrar
ponga una vez su mano sobre él, aun
mientras en los blancos brazos de su cielo
se desmaya en el sueño. Esa temible convocatoria
desde la salvaje hechicería de su mujer,
ese dardo de verdad demoledora astillará
el pino del invierno de su alma.
Entonces tú, siguiendo, grita una vez
su nombre; como del eclipse el sol
brota su esplendor supremo, su vista
saltará a la luz.

PSYCHE.
¡Saltará a la luz!

Maestro, ¿cómo pagar esta sabiduría?

HERMES.
Estoy juramentado con tu padre... ¡No!
¡No llores ni te arrodilles! Mira, mi arte

[Se ve a las otras dos doncellas de pie junto a su compañera.

ha obrado tal maravilla en tu corazón
que... ¡mira!

PSYCHE.
¡Ah! ¡Pistis, Elpis! ¿cómo
estáis aquí? ¡No estabais conmigo hace un momento!
Me abandonasteis. Solo Charis vino
a través de esos sueños oscuros.

HERMES.
¡Adiós! Proclama,
como mi recompensa, el éxito de mi arte,
más que tu propia necesidad de dicha.

PSYCHE.
¡Adiós, y que prosperéis grandemente!

[Sale con sus doncellas.

HERMES.
¡Y tú, vive en lo alto y con majestad,
en gloria y en prez diez veces mayores
que las que tuviste antaño!

[Corre la cortina.

Escena IV

La antecámara del palacio del Rey. Es una vasta sala de mármol negro. En las esquinas juegan cuatro fuentes en pilas de mármol de colores. Al fondo, una puerta estrecha flanqueada por vastos toros androcéfalos de mármol blanco. En el centro de la escena la DAMA PSYCHE, sentada en el suelo, con su largo cabello suelto y su túnica de plata reluciente, se lamenta. Con ella están las tres doncellas, inclinadas y en duelo, al frente de la escena, a la derecha, al centro y a la izquierda. Las ancianas están agrupadas al frente, en el centro, sobre los escalones que conducen a la sala. No llega luz alguna salvo, a través de las ropas de la DAMA PSYCHE, la de las joyas que la adornan. Su resplandor, sin embargo, es tal que llena la sala de un brillo lunar, brumoso y tenue, perdido en la vastedad del edificio.

PSYCHE.

El silencio se vuelve odioso; hueco está mi corazón
aquí, en la sala fatídica; aguardo aparte.
Más tenue, aún más tenue, la oscuridad vela mi vista;
no hay resplandor que anuncie la luz.
Yo, la hija del Rey, no soy más que sierva y esclava
donde el Tiempo ha tejido su telaraña en la sala.
Esta sangre no vale; ¿dónde está el anillo de Sello
cuyo poder no falla en despertar al Rey?
Heredera de su corazón, estoy sin corona; soy, pues, una
que no tiene arte ni oficio en Babilonia.
Dejé mi hogar y hallé la casa de un vasallo:
¡esta cúpula de muerte sin lámparas, vertiginosa!
¡Oh, la espuma de las olas que se embriagan

en torno de las columnas engastadas en el peñasco! ¡Oh, la brisa
que abanica a sus fatigadas Cariátides!
¡Oh, el vestíbulo enjoyado, el pórtico de perla,
las enramadas de reposo, los silencios que pliegan
sus alas sobre mi cámara de amatista,
cuyos leones brillaban de esmeralda y ámbar!
¡Oh, el trono donde la majestad de mi padre,
excelsa y solitaria, deja que la libertad ame la ley!
¡Toda justicia cumplida, su espada el bisturí del que sana!
¡Toda misericordia, no menos lógica que la vida!
¡Ay! Aguardo, suplicante viuda,
entregada al destino, ciego elefante que pisotea.
Aguardo y me lamento. ¿No revelará el polvo
al Unicornio, el Unicornio que anda
por los jardines de estas salas de Primavera,
el primero de los guardianes que defienden al Rey?
Primera flor de la Primavera, primera doncella de la mañana,
¿no me llevarás hasta el Unicornio?

[Pasa el Unicornio. Tiene la rapidez del caballo, [ilegible en la fuente] del ciervo, la blancura de [ilegible en la fuente], el cuerno de [ilegible en la fuente]. Se echa al lado derecho de la DAMA PSYCHE.

¡Salve, tú que guardas tu puesto señalado,
el más señorial y audaz de su morada,
Silencio que envuelves su creación!

[Pasa el León. Es más rojo que el sol poniente. Se echa al lado izquierdo de la DAMA PSYCHE.

¡Salve, tú que eres su guardián y guerrero,
el corazón de bronce, el pulso de hierro de la guerra!
¡Arriba, arriba! ¡y ponte a rugir!

[Pasa el Pavo Real. Este pavo real es tan grande que su abanico, cuando lo despliega al echarse ante el rostro de la DAMA PSYCHE, llena toda la sala.

¡Salve, gloria y luz que su majestad ocultas,
orgullo y deleite sobre el que cabalga su imagen,
mientras en la espesa noche y la oscuridad Él mora!

[La escena se oscurece ahora. Aun la luz que se veía por las joyas de la DAMA PSYCHE se extingue. Entonces, de la puerta del Palacio, entre los toros androcéfalos, sale un halcón dorado. En su pico hay una joya, que deja caer en la lámpara que cuelga de lo alto, sobre la cabeza de la DAMA PSYCHE. Esta lámpara permanece oscura. Durante esta oscuridad desaparecen el Unicornio, el León y el Pavo Real.

¡Ámame y guíame a través de los abismos ciegos!
¡Llénname y aliméntame con los besos que coronan,
como flores que titilan en el jardín de la gloria,
estanques de licor puro como llamas pálidas y canas
que alumbran el empíreo sin luz! ¡Ah! ¡ámame!
¡Que todo el espacio quede sin vista, y tus ojos sobre mí!
Tres veces quemado y marcado sobre esta frente que sangra,
¡imprime tú el estigma cándido, ahora mismo!

[La lámpara estalla en un resplandor deslumbrante pero momentáneo. Al apagarse, se ve un cono de luz blanca sobre la cabeza de la DAMA PSYCHE, y ante ella se alza una figura de

altura [ilegible en la fuente], vestida y encapuchada de perfecta negrura.

EL REY.
¡Ven!, pues el trono está hueco.
El águila ha gritado: ¡Ven!
Las estrellas están contadas, y la marea
cambia. ¡Sígueme! ¡Sígueme!
Tu Adonis dormía.
Como una novia
ataviada, ¡ven, sígueme!
Solo el Destino ha caído y se ha torcido.
¡Sígueme, sígueme!
Lo desconocido está satisfecho.

[La DAMA PSYCHE es alzada sobre sus pies. En silencio se inclina, y en silencio lo sigue mientras él se vuelve y avanza hacia la puerta, en tanto cae el telón.

Escena V

El jardín de la Dama Astarte. EL SEÑOR ESARHADDON yace en el diván con su amante. Sus brazos están entrelazados. Ellos, y sus esclavos y músicos, han caído todos en los abismos de un sueño profundo. Es una noche [ilegible en la fuente], y la luna llena, acercándose al medio del cielo, no arroja más que las sombras más cortas.

El Murmullo de la Brisa

Soy la Brisa que bendice las enramadas,
suspira entre los árboles, acaricia las flores;

que hace mecerse, desmayarse, a cada capullo plegado
con su sangre verde bajo la luna,
agitado suavemente por mi beso; llevo
la suave respuesta del aire de ámbar
a los suspiros exhalados del calor
que sueña y muere entre el trigo,
desde los frescos pechos de montañas lejanas:
¡sus crestas apretadas abrazan cada una una estrella!
El pulso de la tierra late con ríos poderosos;
con sus sollozos bajos tiembla el cielo de Dios;
el rocío se posa en su frente; de amor
le duele todo el abismo de lo alto,
sus rocas y simas, la viva lucha
de sus agudos espasmos de lujuria, de vida.
¡Escucha el susurro de mi abanico,
mi beso de hermana a doncella y a hombre!
Por todos los vientres de la tierra, por todas las olas del mar,
tinieblas gigantescas, tumbas olvidadas,
frecuento los sepulcros de reyes y esclavos.
Arrullo al niño, despierto al pájaro,
vago lejos más allá de estrellas inmóviles,
suavizo las ondas de la marea,
calmo los pezones magullados de la novia,
ayudo a estrellas y nubes a jugar a las escondidas,
enrollo las jarcias de los marinos, hago hablar a las ruinas,
traigo sueños al dormir, dormir al sueño
cuyos demonios estorban el extremo de la noche.
Y más suave que el sueño o la muerte,
quieta como los muertos, o como el aliento del amor asesinado,

suspiro por amores que desfallecen en
los bosques colgantes de Babilonia.
Cada terraza añade una lluvia de aroma
donde moza y mozo seducen al contento;
cada vid que cuelga confirma el apremio
de dolores más puros de embriaguez;
cada muro y columna de mármol desvía
majestuosamente mi curso en curvas
sutiles como pechos y miembros y trenzas
de esta suave hechicera acariciada
que delira y reposa en los desiertos,
cuyos dones gigantes son fuerza que marca
su alma y la eleva a las estrellas,
salvaje, y ternura que afina
el esplendor de su espíritu con el de la luna,
y música de pasión para dejar atrás
la moda ígnea del sol.
¡Chist! hay un movimiento que no es mío entre los bosques,
¡un pie divino que sin embargo no es como el del amor!
¡Chist! ¡déjame plegar mi frente! Me iré
a titilar y rizarme sobre la gran Babilonia.

[Se abre el Portón del Jardín. LA DAMA PSYCHE avanza y abre paso al REY DE BABILONIA. Lo acompañan muchas compañías de guerreros con armaduras de plata y oro bruñidos, con espadas, lanzas y escudos. Estos toman posición al fondo de la escena, en perfecto silencio tanto de pie como de garganta.

[LA DAMA PSYCHE permanece de pie junto al portón; EL REY DE BABILONIA avanza con infinito sigilo, dignidad, lentitud y poder hacia el diván.

PSYCHE.
¿Vida? ¿Es vida? ¿Qué hora del destino suena en la campana?
De esta prueba suprema, ¿qué desenlace? ¿Cielo o infierno?
Estoy despojada de todo mi poder ahora que más lo necesito;
estoy vacía e irreal, una sombra o un fantasma.
Toda la gran apuesta está echada, ya mismo caen los dados.
Todos los actos están trabados en eslabones, uno llamando a otro a través del tiempo: desde el trono oscuro, la primera runa que fue leída
por Dios, la Esfinge suprema, determinó el último acto.

[EL REY DE BABILONIA extiende su mano y su brazo. Es la mano y el brazo de un esqueleto. Toca la frente del señor dormido. Al instante, radiante y [ilegible en la fuente], se ve erguida una figura [ilegible en la fuente].

PSYCHE.
¡Adonis!

ADONIS.
¡Psyche!

[Corren el uno hacia el otro y se abrazan.

PSYCHE.
¡Ah! ¡largo tiempo perdido!

ADONIS.
¡Esposa mía!

¡Luz, oh intolerable! ¡Amor infinito! ¡Oh vida
más allá de la muerte!

PSYCHE.
¡Te he hallado!

ADONIS.
Yo era tuyo.

PSYCHE.
Yo tuya
¡desde todas las edades!

ADONIS.
¡Por las edades!

PSYCHE.
¡Mío!

[EL REY pasa y se retira.

Coro de Soldados

¡Salve al Señor!
Sin lanza, sin espada
ha herido, ha herido; un solo golpe suyo
vale todos nuestros poderes armados.
No hay yelmo, ni loriga, ni coraza,
ni escudo de siete capas de acero y siete de bronce
que resista su toque; no hay espada ni lanza que no se haga añicos
ante su mirada. Eternamente la vida tiembla
y vacila ante él; la muerte misma, el sabueso de Dios,
se escabulle a sus talones, y lame el polvo que él ha pisado.

[Siguen a su Señor, cantando.

PSYCHE.
Soy una gota de rocío que concentra el sol
que incendia el bosque hasta el horizonte,
soy una nube en la que el sol engendra
el arco iris, una fuente en cuyos chorros
late el fuego interior del corazón de la tierra, una flor
muerta por la dulzura del aguacero de verano.

ADONIS.
Soy yo mismo, sabiendo que soy tú.
¡El olvido, olvidado ahora!
La verdad, verdad primordial, verdad eterna,
incondicionada, sempiterna,
pone al Dios
dentro del santuario
y mi boca sobre la tuya, sobre la tuya.

[LA DAMA ASTARTE despierta. En sus brazos está el cadáver del SEÑOR ESARHADDON.

ASTARTE.
¡Oh, sueños espantosos! ¡Despierta y bésame! ¡Despierta!
Creí que me aplastaba y me estrangulaba una serpiente.

[Se levanta. El cadáver cae.

¡Está muerto! ¡Está muerto! ¡Oh labios de flor ardiente,
estáis cenicientos!

[La mandíbula cae.

¡La negra risa de la tumba!
¡Entonces dejadme matarme! ¡Traed la muerte destilada
de belladona, de acónito! Que ningún alba vuelva a dorar
esta noche. Que no vea la maldita luz
del día, ¡sino que me ahogue en esta noche de negro corazón!
¡Eh, esclavos!

[ADONIS y PSYCHE avanzan hacia ella.

ADONIS.
¡Tú misma una esclava! ¿Qué maldición (no aplacada
hasta que la paciente tierra misma sienta náusea)
es peor que esta: una sirvienta que se desliza
en el lecho de su señora mientras su señor duerme,
y le roba?

ASTARTE.
¿Y qué calamidad peor
que su venganza? ¡Pero dejadme, dejadme morir!

[Cae postrada a sus pies.

PSYCHE.
¡Añade robo al robo! Te necesitamos
para servirnos. Déjanos alzarte y alimentarte,
consolarte y cuidarte hasta el fin,
menos esclava que hija, menos sirvienta que amiga.

ADONIS.
¡Levántate! que fluya el aliento, que los labios afirmen
lealtad y amor. Hasta el plazo señalado,
dentro de tu jardín, como amados huéspedes
tuyos, permanezcamos. Ahora, labios y pechos

tocándose, tres cuerpos y un alma, el triple juramento
confirmad.

PSYCHE.
¡El gran juramento indisoluble!

ASTARTE.
¡Alzadme!

[La levantan; todos se abrazan.

Por aquel que reina por siempre sobre
el trono, y lleva la corona, de Babilonia,
sirvo, y amo.

PSYCHE.
¡Que este beso lo confirme!

ADONIS.
¡Este!

ASTARTE.
Lo he ganado todo al perderlo todo. ¡Ahora besad
una vez más con los brazos enlazados!

ADONIS.
¡Rompe el alba!

ASTARTE.
¡Contemplad
el rubor del Amor!

PSYCHE.
¡La luz rompe!

ADONIS.
¡El gran globo de oro de la Vida!

ASTARTE.
¡Venid! rompamos nuestro ayuno.

PSYCHE.
Mi largo ayuno está roto.

ADONIS.
Hablemos de amor.

PSYCHE.
La primera y última palabra del Amor está dicha.

ADONIS.
¡No! pero las mareas de la aflicción quedan trascendidas.
La palabra ha comenzado, pero nunca terminará.
Y aunque el sol abandone el oriente virgen,
que la vida sea para nosotros un festín que nunca se marchite.

[Van hacia la casa, cantando.

TODOS.
La corona de nuestra vida es nuestro amor,
la corona de nuestro amor es la luz
que gobierna toda la región de arriba,
la noche y las estrellas de la noche;
que gobierna rectamente toda la región,
el abismo sobre los abismos;
pues la corona de nuestro amor es la luz,
y la corona de nuestra luz es nuestro amor.

Traducción al español hecha directamente desde el original inglés en dominio público.

Abadía Argentum: https://thelema.prometeolatam.online

Agradecimiento a Frater Adael por el armado de la biblioteca.

Traducciones de la Abadía Argentum bajo licencia Creative Commons Atribución, No Comercial, Compartir Igual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0). Los textos originales están en dominio público.

La Abadía Argentum es libre y gratuita. Si querés sostenerla, podés hacer una donación libre en https://thelema.prometeolatam.online/sobre/#donar